corazón como un suspiro de amor y de pasión, añadió:

—¡Esperaré!

La condesa se inmutó como si hubiera recibido una violenta conmoción en el pecho, y haciendo dar un salto á su yegua, partió al galope, sin volver la cabeza, á reunirse con el general y Saint-Remy, que estaban muy entretenidos en una importante conversación política, que se enredaba demasiado y á la cual Gabriela dió satisfactoria solución.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VII

Cuando Roberto volvió á Rusia tomó una resolución heroica. La de olvidar por todos los medios una pasión que no podía conservar en su corazón sin faltar á su honor y al reconocimiento que debía al conde de Branville.

Estaba horrorizado de aquella pasión que le exaltaba y quería olvidar á toda costa un amor cuya vehemencia no había conocido—como sucede muchas veces—hasta que vió á otro en posesión de la mujer que amaba y de cuya posesión se creía seguro, desde que tuvo conocimiento de que la muerte del padre de Gabriela y su ruina, alejaron de ella á todos los pretendientes de su dote.

Los rusos son muy hospitalarios.

El extranjero que pasa algún tiempo en San Petersburgo y frecuenta la alta sociedad rusa, tan amable y obsequiosa y tan llena de gracia y de ingenio, tiene un verdadero pesar cuando la deja, pues no es un lazo fácil de soltar aque-

lla cadena de obsequios, de cordialidades y elegantes atenciones con que rodean al que los trata.

Anticipémonos á decir que el encanto de las mujeres es el más sólido y precioso eslabón de esta cadena. Ellas son el más bello adorno de los salones rusos, llenos de camelias, de mármoles y bronces, de tapices rusos y de valiosas pinturas.

Las flores tan indiferentes en los países meridionales, son estimadísimas por los rusos y constituyen uno de los principales adornos de sus salones.

No hay atención de que no las rodeen para protegerlas contra los rigores del invierno; ese horrible invierno ruso, á cuyo lado son ligerísimas brisas de Abril, nuestros vientos del Norte.

Las encierran en magníficas estufas, caldeadas por inmensos caloríferos, que les prestan el calor necesario para su vegetación.

Las colocan cuidadosamente en vasos del Japón, de Sajonia ó de porcelana de Sèvres.

Inmensos tiestos con adornos cincelados sostienen diversidad de plantas tropicales.

Las enredaderas, la reluciente hiedra y las orquídeas, adornan las ventanas y trepan hasta el techo, donde están sujetas por artísticas suspensiones de barro cocido ó de metal, primorosamente trabajados.

Desde el vestíbulo hasta el último rincón de las casas hay flores á granel, pues los rusos, no pudiendo cultivarlas en jardines, á causa de la implacable temperatura, las transportan al interior de sus palacios.

Una de las casas más elegantes de San Petersburgo, era seguramente la de la princesa Constanza Ivanowska.

Viuda á los treinta años, inmensamente rica, parisiense por sus gustos y en sus costumbres, como la mayoría de las damas de la aristocracia rusa, había sabido reunir en sus salones todo cuanto de mundano, distinguido y espiritual había en la alta sociedad de San Petersburgo y en la colonia extranjera.

Los agregados de embajada y los artistas más en boga, ambicionaban el favor de ser presentados en sus salones.

Su palacio, centro de alegría y de placer—en la mundana acepción de la palabra,—estaba contínuamente lleno de la armonía de los conciertos, del tumulto de los bailes, de las melodías salvajes y cautivadoras de las orquestas de tziganos y del ruido de sus banquetes, donde fraternizaban alegremente príncipes circasianos con fríos milores, sérios españoles de negros ojos con petulantes y burlones franceses.

La princesa era alta y de formas esculturales. Sus cabellos eran rubios, abundantes y sedosos, diáfana la blancura de su piel y brillantes como perlas sus dientes.

El esplendor de su tez era proverbial en aquel país, y allí donde tenía, sin embargo, peligrosas rivales, que brillaban como el oro, ella derramaba en torno suyo plateados reflejos.

Citábanse muchos altos personajes que habían hecho verdaderas locuras para obtener sus favores. Muerto su marido, fuó muy solicitada, y más de un extranjero de gran categoría había solicitado su mano; pero la princesa no

habìa aceptado á ninguno. Tampoco se le conocìa ningun amante.

Por eso cuando se supo, seis semanas después de la llegada de Roberto Pontis, que la princesa había saltado por su reserva é intacta reputación, en favor de un simple capitan encargado de una misión militar, la crítica fué mucho más dura cuanto más numerosos eran los envidiosos.

Desde entonces la princesa se preocupaba muy poco de las alusiones y significativas sonrisas conque la acogían, ya en el teatro, ya en paseo, y no se ocupó más que de un amor que absorbía su vida.

No hacía ostentación ni misterio de su pasiòn por Roberto.

Altiva por naturaleza, fué para Roberto humilde y apasionada.

A pesar de su carácter malicioso y cáustico, se mostró dulce é ingénua.

Roberto, casi siempre, pensativo y distraido, en cuanto pasò la embriaguez del deseo, sufría las caricias de la princesa y se dejaba querer como el niño que no tiene fuerza ni voluntad.

Una noche, al salir del teatro, le dijo la princesa, cuyo amor se exaltaba al ver la indiferencia de Roberto como se enfurecen las olas al estrellarse contra las rocas.

—Creo que no me has amado nunca. La hermosura de nosotras, pobres hijas del Norte, no es bastante para haceros olvidar á vuestras parisienses tan alegres, tan espirituales y tan elegantes. Ellas os divierten, nosotras os fastidiamos. Esto es natural que suceda, porque tal vez no somos dignas de vosotros, pero que

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tú me lo dejes comprender no me parece muy galante.

—Sois particular, princesa, y no sé de dónde os vienen semejantes ideas. Decís que no os amo cuando os he dado todo mi cariño. ¡A voz, la mujer más hermosa que se puede desear!

—¡Ah!— contestò la princesa,—será necesario dar otra entonación á tus palabras si quieres que las crea. Desde hace algun tiempo no hago más que pensar en la causa de tu desvío, y creo haberla adivinado. Habrás dejado, en cualquier punto de Francia, en París sin duda alguna mujer, cuya imágen tienes siempre delante y rebaja á tus ojos el valor de las demás. Lejos de ella, has buscado una distracción á tus recuerdos. Me has encontrado en tu camino, me dicen hermosa y te he gustado. Me lo has dicho, y yo tal vez demasiado sencilla y fácil, te escuché. Tu melodiosa voz me pareciò sincera, me conmoviò hasta el alma y me dejé engañar por tus promesas. Te echaste á mis pies con una pasión tan perfectamente fingida, que francamente, creí en un amor duradero y me entregué á tì. Una mujer como yo, puede halagar la vanidad del hombre más difícil, dos ó tres semanas aunque sea francés y amigo de establecer comparaciones peligrosas para nosotras. No muevas la cabeza con aire de duda; no estoy ciega y creo que no me equivoco. Desde el primer momento en que te vi me fascinaste. Tal vez fuera la causa de mi sorpresa y de mi caida esa poética tristeza, cuyo sello llevas impreso en tus ojos y tal vez las sombras que obscurecen tu frente me han ocultado tus verdaderos pensamien

tos. Te he amado mucho y te amo muchísimo más desde que dudo de tu amor, pero no te fíes de mi credulidad. Si tu cadena es pesada, confiésamelo. Si tu pensamiento está en otra parte, dímelo sinceramente y te perdonaré, pero si me engañas, me vengaré.

—¿Yo te creí natural de la Siberia?—dijo Roberto sonriéndose.

—Y hablo como una Florentina, ¿no es verdad? ¿Qué es lo que te ha hecho suponer que no haya sangre en nuestras venas cuya red se oculta bajo una piel de nieve?

¿Quien te ha dicho que somos de hielo y que nuestro corazòn tenga menos pulsaciones que el de las Romanas ó el de las Andaluzas? No te fíes, que el viento sopla en nuestras incultas llanuras con tanta violencia como en el desierto y, lo mismo que vosotros, no aceptamos ni la traiciòn ni los desdenes.

El capitán la contemplaba con admiraciòn burlona.

—Os aseguro princesa,—le dijo,—que jamás os he visto tan bella.

La animación de que estais poseida hace resaltar vuesta incomparable hermosura; pero decidme ¿á que vienen ahora esas inquietudes tan extrañas?

Ya sabéis que os adoro, que nada que no proceda de vos me parece hermoso y que sería indigno de la luz si nó fuese así. Para no amaros sería preciso que no os hubiera conocido.

—Antes, cuando me decías eso mismo te creía, hoy dudo. Por tí lo he sacrificado todo, y no me arrepiento, pero temo tener que hacerlo más tarde.

¿Te has fijado esta noche en la manera conque me miraba el príncipe? Si hubiese querido—continuó la princesa, haciendo un gracioso movimiento con la cabeza—tendría muchas enemigas, envidiosas de mi suerte, pero juré no pertenecer más que al hombre que yo amase y jamás á otro. Me bastaba con la experiencia que adquirí durante mi matrimonio, y antes de reincidir hubiera bebido un frasco de opio. Te presentaron á mí, y desde la primera mirada reconocí en tí al príncipe encantado de mis sueños, al pájaro azul que yo llamaba desde el fondo de mi corazón. Y sin embargo, no creo que nuestras almas sean hermanas. Cuando te hablo, tu alma no está cerca de mì. ¡A donde va! No lo sé, pero lo adivinaré. La seguiré á través de los espacios donde se pierde á consecuencia de no sé que extraña visòn.

Te acompañaré á donde vayas, pues nuestra patria, pobres palomas mensajeras que somos, es el universo. Emigramos como el sol, y como los cisnes, cuya blancura nos ha dado Dios, remontamos hacia el polo ò descendemos con él.

Roberto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, guardaba silencio.

Tenía una mano de la princesa entre las suyas y la cubría de besos.

La princesa habia adivinado la verdad.

Roberto no la amaba.

Estuvo únicamente deslumbrado algunos dias por el brillo de aquella maravillosa belleza, aturdido por los vertiginosos perfumes que exalaban aquellos salones, encantados por la hermosa que los habitaba.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Se entregó al amor con que le brindaba la princesa, para buscar un alivio al pensamiento fijo que le perseguía, como aquel criminal de Bizancio que se precipitó en una basílica para escapar de la justicia que le amenazaba.

Pero después vino la saciedad y el joven reconoció con terror que el brasero que habia querido apagar, volvíase á encender nuevamente con mayor energía y luchaba contra el amor que le dominaba, con la misma desventaja que lucha la alondra aprisionada entre las garras del milano.

A través de los encajes y las flores que rodeaban á su amante, sentía Roberto el peso de la cadena que le torturaba.

Y sin embargo, cuántos encantos hubieran tenido estos amores para un corazón dueño de su albedrío!

La princesa estaba en la edad en que la mujer comprende el valor de un amante de libre elección, miéntras que las jovencitas, ignorantes de la vida é incapaces de discernir el verdadero mérito, no ceden más que á un impulso de los sentidos.

No se contentaba la princesa con derjase adorarcomo una madona. Adivinaba los deseos de su amante y se adelantaba á ellos.

Poseía en el más alto grado el arte exquisito de las coqueterías espirituales y aumentaba el valor de su abandono por la delicadeza y la gracia con que le rodeaba. El fastidio era un invitado que no conocian los que frecuentaban su casa, pues poseía mil recursos para ahuyentarle, y las horas se pasaban breves y fugitivas en la compañía de esta mujer verdaderamente extraordinaria.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Excelente pianista, agradable cantante y poseedora de un talento ático y sutil, reunia en sí sola todas las perfecciones que generalmente no están repartidas más que una por una entre sus semejantes.

Estaba en el apogeo de su belleza, que era sin rival, y el extraño encanto casi mágico de que estaba poseida, subyugaba la vista derramando ante ella una lluvia de brillantes, que ilusionaba á los más refractarios al amor.

Por eso era casi incomprensible la indiferencia mal disimulada de Roberto.

Sin embargo de tantas cualidades de que estaba rodeada la princesa, le faltaba una de las principales. El hada de la bondad no habia estado presente á su nacimiento y los dones con que las otras la colmaron, no bastaron á compensar su falta.

Y además. ¿No es el amor el más tirano y el menos lógico de los sentimientos? El amor se impone y no consiente en ser analizado.

Roberto había querido amar.

Pensó que todas estas perfecciones le ayudarían á vencer, pero se equivocó de buena fé.

Esta ilusión la comprenderán sin dificultad los que hayan estudiado ese insondable abismo que se llama el corazón humano.

Algunas semanas después de esta conversación, al finalizar el invierno, terminada su misión, recibió órden Roberto de regresar á Paris.

Alimentando en su pecho una vaga esperanza que no se atrevía á definir, y contento también por terminar aquellos amores, preparó sus equipajes y se puso en camino.

Pero la princesa no había olvidado su promesa y la cumplió.

El mismo tren los llevó á la frontera, juntos atravesaron la Polonia, la Silesia, y el resto del trayecto, y en el momento mismo en que Roberto atravesaba el portal del hotel de Branville, se instalaba la princesa en la suntuosa morada que abandonó á la muerte de su marido y que estaba situada en la Avenida d' Antin.

Allí trasladó sus costumbres, sus flores, su mayordomo y su servidumbre.

Pronto adquirió gran notoriedad en París, donde no se hablaba, á la sazón, de otra cosa que de su belleza y del boato de todos sus equipajes.

En el teatro de la Opera, sus diamantes, ya célebres, brillaban como astros en el más célebre de los firmamentos terrestres.

Su extraño encanto y casi sobrenatural, hacía volver hacia ella todas las cabezas de los abonados; como los violentos huracanes del mar agitan en el mes de Noviembre las veletas de los antiguos caseríos de Bretaña.

Aquello ya no era un triunfo, era una fascinación, una preocupación universal.

La princesa se creó más rivalidades que admiraciones. La pasión de los celos predominó sobre la envidia.

Entre sus más temibles rivales se contaba la condesa de Branville.

CAPILLA ALFONSINA

VIII

Si existe en el mundo una naturaleza excelente, dulce y benévola, si hay un alma dotada de todas las complacencias por el estatuario desconocido que las forma y las echa al mundo donde toman su forma invisible, hubiera sido, seguramente, una de ellas el alma de Gabriela, pero los árboles más arraigados y vigorosos los troncha la tempestad, y el huracán que se agitaba en su alma era suficiente para derribar los más sólidos.

Era mujer, es decir, una mezcla de nervios más fáciles de hacer vibrar que las cuerdas de un arpa; pasiones en gérmen, prontas á tomar el vuelo como las abejas de una colmena á la menor invasión inesperada; debilidad de los sentidos y desfallecimiento del alma, de bondad extrema y de esa delicadeza, ó mejor dicho, de esa duplicidad defensiva, que Dios, que les ha rehusado la fuerza, les ha concedido para su protección, y de la cual

suelen abusar á menudo para atacar á los de más.

Contra su volunad, sentíase arrastrada Gabriela hacia Roberto, quien como el Didier de *Marión Delorme* estaba dotado de esa fuerza de atracciòn, casi fatal, que tanto agrada á las mujeres.

Sus magníficos ojos negros, dulces y fijos, la subyugaban.

Su taciturno silencio la interesaba como un enigma.

La respetuosa timidez que le separaba de ella, la daba un irresistible deseo de acercarse á él.

Los frutos prohibidos, y más si no están colocados á nuestro alcance, serán siempre los preferidos.

Si el capitan, abordando francamente la cuestión, se hubiese acercado á Gabriela y la hubiese dicho:

—Me he equivocado. Creí que podría esperar y que me habíais entendido. Creía que mis declaraciones murmuradas á vuestro oído, vibrarìan siempre en él; que me habíais juzgado bastante leal y que teníais suficiente confianza en mi amor para no tener necesidad de volveros á repetir las vagas, pero sinceras promesas que os había hecho.

La casualidad ò el azar, que sin duda no quería para nosostros una dicha tan perfecta, dispuso las cosas de otra manera.

Tomando mi silencio por olvido, habéis aceptado la mano de otro y por una fatalidad que nos quita hasta la esperanza de un amor del cual seguramente, hubiéramos tenido que arrepentirnos, esa mano que tan generosamente os han ofrecido, es inviolable para nosotros.

¡Aceptemos lo que es irremediable!

¡Conservamos preciosamente el amor que nos une y esperamos que el porvenir reparará de la desgracia que nos aflige!

Seguramente habrìa tenido Gabriela las fuerzas necesarias para resistir y sobrellevar las peligrosas condiciones de esposa de un marido á quien no profesaba más que respeto y reconocimiento, y de comensal de un amante hacia el cual se sentía atraída.

Y es hasta probable que aquella existencia extraña, creada por un capricho de la suerte, hubiera sido para la condesa un manantial de amargos placeres, á los cuales una mirada de Roberto, un apretòn de manos sorprendido, una palabra solo por ella escuchada, hubiérala dado el interés de las aventuras románticas y peligrosas, tan queridas por las mujeres, sobre todo cuando ellas representan los primeros papeles.

El conde era tan bueno y generoso, que la vida á su lado debía ser por lo menos soportable, aun faltando el amor.

Además, se podia suponer que la prueba sería de una duración muy limitada, pues aunque el último de los de Branville tenía una sólida y robusta constitución, los años no pasan en vano y no se asiste impunemente á tantas campañas como el buen general tenía anotadas en su brillante hoja de servicios.

La fortaleza más monumental acaba siempre por sucumbir, bajo la presión de los siglos, ò por las descargas de los enemigos que la asaltan.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Estas consideraciones, desprovistas de todo cálculo criminal y de vergonzosos deseos, eran suficientes para dar resignación á los dos jóvenes, pero la brusca partida de Roberto sugerida por el despecho y la desesperación, les precipitó en un camino diferente y que debía, fatalmente, conducirles al abismo que querían evitar.

Gabriela tenía suficiente energía para reprimir su amor, pero era muy débil para defenderse contra los celos que de aquella pasión se originasen.

Roberto no obró con la franqueza que hubiera convenido.

Trató de olvidar aquella pasión, que él consideraba como un crimen, pensando que el remedio más seguro para su desgracia era buscar otra mujer que lograra distraer su corazón y le proporcionase la satisfacción del orgullo y del placer.

Encontró á la princesa en su camino, pero el triunfo de sus amores no produjo el resultado apetecido. Además, en aquella tentativa no había pensado más que en seguir los impulsos de su conciencia sin calcular los efectos que produciría en la mujer que trataba de olvidar.

Una de las más terribles enfermedades del alma, los celos, se posesionó del alma de Gabriela.

Desde entonces la condesa no tuvo más que un pensamiento, un fin: reconquistar lo que otra le había robado. No tenía otra idea. No pensaba en lo restante y no veía sino á través de una nube y en lugar secundario, los deberes de su dignidad y de su reputación.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

El amor de Roberto era su estrella polar y hacia ella dirigió su nave sin cuidarse de los escollos y de los peligros de la travesía.

Su voluntad no obraba.

Habíase abandonado inconsciente y ciega como el pájaro fascinado por el reptil, como el loco á la vista del bastón del enfermero.

El primer cuidado de la condesa fué, cuando estuvo resuelta á la lucha, el dar rienda suelta á sus instintos de lujo y coquetería que antes había combatido y refrenado.

Quiso tener los más hermosos caballos de París, y los tuvo.

El general, contentísimo de ver á su mujer tierna, encatadora y casi apasionada, accedía á todos sus caprichos, y ayudado por sus grandes conocimientos de *sportman*, compró un tronco de caballos, blancos como porcelana, que no tenían rival ni en fogosidad ni en estampa.

Desde entonces se vió á Gabriela en el Bosque todos los días, guiando el tilbury más bonito salido de los talleres de Binder.

El célebre sastre de señoras, Worth, empleó toda su ciencia en poner de relieve su talle esbelto, que nada hubiera hecho desear al más meticuloso escultor.

Fanny Claude, la gran modista, la dió consejos, que Gabriela supo aprovechar, pues en poco tiempo llegó á ser una de las damas más célebres por su elegancia y por el exquisito gusto de sus *toilettes*.

Tuvo su palco en la Opera, precisamente frente al de la princesa Ivanowska.

No faltó á ningún estreno en los teatros de importancia, frecuentó los salones y las fies-

tas y en todas partes se mostrò amable y espiritual.

Los salones del hotel de Branville, amueblados con preciosas tapicerías, magníficos retratos de familia del más preciado estilo, firmados por Nattier, Rigaud ó Largillière, con muebles y objetos debidos todos á verdaderos artistas, llegaron á ser el punto de reunión de los jóvenes de la aristocracia, quienes con discreta galantería rodeaban de adulación á la condesa, que á nadie rechazaba y no daba á ninguno la menor sombra de esperanza.

Con un tacto perfecto supo hacer sus salones amenos y agradables, y los que aprendieron el camino no lo olvidaron.

En una palabra, llegó á ser una mujer á la moda y una celebridad de buena ley, sin que la maledicencia pudiera sorprender un defecto para explotar.

Jamás el conde pudo soñar tanta felicidad. Su estatua habíase animado y vivía.

Mimado y divertido por Gabriela, se dejò vivir, dichoso por poseer la más agradable y la mejor de las mujeres.

Realmente gozaba de una felicidad admirable.

Con ese instinto innato en las mujeres para llegar al fin que se proponen, pensó Gabriela que el medio más seguro para atraerse el amante á quien adoraba y á la vez querìa castigar, era inspirarle unos celos semejante á los que ella tenía. Querìa infringirle la pena del talión. ¿Qué mujer no hubiera hecho otro tanto?

No tenía más que escoger entre el lote de

sus adoradores, entre los cuales se contaba como uno de los más asiduos el vizconde Palamede de Saint-Remy.

Palamede estaba al corriente de los amores de Roberto con la princesa; pero ignoraba por completo que su amigo había pretendido á la condesa, y como no tenía ningun escrúpulo que le hiciera desistir, opinaba, como la sociedad, que el general sería un marido predestinado, por causa de las circunstancias de su matrimonio.

Además de tener, para el fin de sus miras, al vizconde, con quien Gabriela se mostraba muy amable y graciosa, tenía otro pretendiente, del que podìa valerse sin dificultad para excitar en Roberto hasta el más alto grado los celos y el despecho.

Este pretendiente era su marido.

Le era tanto más fácil ofender el amor propio del capitán, puesto que le trataba con gran intimidad y no se apartaba del general.

Después de que Gabriela tomó aquella resolución, desde que supo los verdaderos sentimientos del capitán cuando le dijo en el Bosque "esperaré," comprendió su ventaja, de la cual quiso servirse para castigar á su amante á la vez que humillaba á su rival; apoderándose de lo que consideraba como un bien suyo, en virtud de los derechos de primacía.

Una noche, después de una comida á la cual asistieron de Tresnes, Saint Remy y varios antiguos compañeros del general, el vizconde rogó á la condesa que se sentase al piano y cantase lo que quisiera, un aire, cualquier cosa.

Gabriela se excusó alegando que en su vida

había hecho gala en mostrar sus talentos, que ella misma calificó de medianos.

—No reuno—dijo—las cualidades de cierta dama que vos conocéis, y no me atrevo á exponerme á comparaciones que resultarían desfavorables para mí. Tengo mi amor propio, y le salvo callándome.

—¿De quién queréis hablar?

—¡Eh!—exclamó la condesa.—Se me figura que me comprendéis perfectamente.

El vizconde alzó los ojos y repuso:

—Os juro que no.

—No pensáis lo que decís.

—¿Pero por qué?

—¿Vos suponéis que se hace la corte á una mujer denigrando á las demás? Pues estáis equivocado, por lo menos en lo que me concierne. La princesa es admirablemente hermosa, y si lo que se cuenta es verdad. Roberto tiene toda la felicidad que merece. ¿Es verdad que la princesa posee una voz tan espléndida como se asegura?

—¡Pech! Yo creo que se puede oir á las demás después de haberla escuchado cantar. Pueden dormir tranquilas la Nilson, la Albani ó la Krauss, pues nada tienen que temer de su competidora. ¿Pero por qué no cantáis?

—No me gusta que se burlen de mí, y nunca daré motivo para ello.

—Vos no ignoráis que la mejor aria vale menos que un suspiro de la vez preferida. ¡Me haríais tan dichoso!....

—Mi querido vizconde, dirigíos á la princesa que está tan bien dotada y tan llena de encantos que podrá haceros feliz. Como yo no tengo esos méritos, cuando os veo y os escucho me

enfado al ver que la Providencia ha sido tan poco galante conmigo.

—Dejadme al menos el derecho de esperar. No me desilusionéis.

—Eso depende de vos. La perseverancia es la virtud del fuerte.

Y como la condesa viera que Roberto se había acercado, añadió más fuerte, para que el capitán la oyese:

—Es una virtud de las más preciadas por ser también de las más olvidadas.

—Condesa—dijo Roberto—os vais volviendo mal intencionada. Cada palabra que sale de vuestra boca es un epigrama.

—Pero inofensivo. M. de Saint Remy me estaba rogando que cantase y yo me negaba á sus pretensiones.

—Sin embargo, otras veces habéis cantado.

—Sí, es verdad, pero por ahora he renunciado.

—¿Y desde cuándo?—preguntó Roberto.

—Desde que escucháis las melodías de la princesa Ivanowska. Temo la comparación, y como sería derrotada de antemano ...

Nada contestó Roberto. Escuchaba con arrobamiento aquella voz melodiosa que—hasta en un sarcasmo—le llegaba al corazón cual si fuera una alabanza.

—Sois más dichoso que nosotros—continuó irónicamente la condesa—puesto que escucháis todos los días. Muchos dosecs tenemos de verla, y no podemos satisfacerlos por causa de su reputación. Como no recibe más que al sexo fuerte. Sin duda tendrá miedo de que las damas, caso que las recibiera, le quitasen alguno de sus cortesanos. Pero, en fin, si no me está

permitido escucharla, al menos podré verla. Algún día la encontraré, y entonces podré satisfacer mi curiosidad. ¿Es cierto que va con mucha frecuencia al bosque?

—Todos los días de cinco á seis de la tarde —se apresurò á decir el vizconde.—Cuánto me alegro de poder daros estos informes. Os será muy fácil reconocerla. Lleva un landò azul fileteado del mismo color, conducido á la rusa por un cochero enorme, ó si os gusta más, un «isvochtchick»—como dicen en su país—que guía dos caballos fogosísimos, negros como el azabache, que á cada braceo esconden la cabeza entre las curvas graciosas que forman las manos. Todos los viernes podéis verla en la Opera, donde está abonada al tercer palco de la izquierda, contando desde el proscenio. ¡Una constelaciòn de brillantes y de resplandores sidéreos, capaz de hacer bajar las acciones del gas! ¡El astro de la noche envuelto en rayos de oro.

—Querido vizconde, en recompensa de vuestros informes os ofrezco una silla en mi palco para mañana, que precisamente es viernes. No me atrevo á proponer lo mismo á Roberto, porque sé que no aceptaría.

—¿Y por què no?—preguntó Roberto.

—Pues porque tenéis otros deberes que cumplir, de los cuales no quiero, ni tengo la intenciòn de privaros. Nos contentaremos con vernos desde lejos. ¿Aceptáis mi proposición, vizconde?

—¡Oh, señora! ¡Con entusiasmo!

Después de haber saludado á la condesa y á Roberto, el vizconde se alejó, pasando entonces Roberto á ocupar su asiento al lado de la condesa.

—¡Qué cruel sois!—murmurò Roberto al oìdo de la condesa.—¿No veis la pena que me causáis?

—Por Dios,—Roberto—repuso Gabriela con impaciencia- ¡poned tregua á esos sentimientos! ¿Por qué os fingís melancólico y pesaroso cuando no pensáis ni sentís lo que queréis expresar? A lo hecho pecho. Habéis tenido suerte, tanto mejor. Jamás he sido yo más feliz que desde que me curásteis definitivamente de todas mis penas, por lo que os guardo un reconocimiento verdadero. Todo lo que sucede y pasa me es de una completa indiferencia. Imitadme, y no os pesará.

Y sentándose al piano, Gabriela tocò con loca inspiración el «Vals de las flores,» mientras que el vizconde, recostado en una esquina del piano, la miraba con admiración y marcaba rápidamente con la mano el compás.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA